

Escuela Dominical

Aprendiendo A Ser Como Cristo

LECCIÓN 103

UN ESTUDIO DE LA VIDA DE CRISTO PARA APRENDER A SER COMO ÉL

57. ALIMENTACIÓN DE LOS CINCO MIL.

Mt. 14:31-21	Mr. 6:30-44	Lc. 9:10-17	Jn. 6:1-14
¹³ Oyéndolo Jesús, se apartó de allí en una barca a un lugar desierto y apartado; y cuando la gente lo oyó, le siguió a pie desde las ciudades. ¹⁴ Y saliendo Jesús, vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, y sanó a los que de ellos estaban enfermos. ¹⁵ Cuando anocheecía, se acercaron a él sus discípulos, diciendo: El lugar es desierto, y la hora ya pasada; despide a la multitud, para que vayan por las aldeas y compren de comer. ¹⁶ Jesús les dijo: No tienen necesidad de irse; dadles vosotros de comer. ¹⁷ Y ellos dijeron: No tenemos aquí sino cinco panes y dos peces. ¹⁸ Él les dijo: Traédmelos acá. ¹⁹ Entonces mandó a la gente recostarse sobre la hierba; y tomando los cinco panes y	³⁰ Entonces los apóstoles se juntaron con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho, y lo que habían enseñado. ³¹ Él les dijo: Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco. Porque eran muchos los que iban y venían, de manera que ni aun tenían tiempo para comer. ³² Y se fueron solos en una barca a un lugar desierto. ³³ Pero muchos los vieron ir, y le reconocieron; y muchos fueron allá a pie desde las ciudades, y llegaron antes que ellos, y se juntaron a él. ³⁴ Y salió Jesús y vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor; y comenzó a enseñarles muchas cosas. ³⁵ Cuando ya era muy avanzada la hora, sus discípulos se acercaron a él, diciendo: El lugar es desierto, y la hora ya muy avanzada. ³⁶ Despídelos para que vayan a los campos y aldeas de alrededor, y compren pan, pues no tienen qué comer. ³⁷ Respondiendo él, les dijo: Dadles vosotros de comer. Ellos le dijeron: ¿Que vayamos y compremos pan por doscientos denarios, y les demos de comer? ³⁸ Él les dijo: ¿Cuántos panes	¹⁰ Vueltos los apóstoles, le contaron todo lo que habían hecho. Y tomándolos, se retiró aparte, a un lugar desierto de la ciudad llamada Betsaida. ¹¹ Y cuando la gente lo supo, le siguió; y él les recibió, y les hablaba del reino de Dios, y sanaba a los que necesitaban ser curados. ¹² Pero el día comenzaba a declinar; y acercándose los doce, le dijeron: Despide a la gente, para que vayan a las aldeas y campos de alrededor, y se alojen y encuentren alimentos; porque aquí estamos en lugar desierto. ¹³ Él les dijo: Dadles vosotros de comer. Y dijeron ellos: No tenemos más que cinco panes y dos pescados, a no ser que vayamos nosotros a comprar alimentos para toda esta multitud. ¹⁴ Y eran como cinco mil	Después de esto, Jesús fue al otro lado del mar de Galilea, el de Tiberias. ² Y le seguía gran multitud, porque veían las señales que hacía en los enfermos. ³ Entonces subió Jesús a un monte, y se sentó allí con sus discípulos. ⁴ Y estaba cerca la pascua, la fiesta de los judíos. ⁵ Cuando alzó Jesús los ojos, y vio que había venido a él gran multitud, dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos pan para que coman estos? ⁶ Pero esto decía para probarle; porque él sabía lo que había de hacer. ⁷ Felipe le respondió: Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomase un poco. ⁸ Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo: ⁹ Aquí está un muchacho, que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos; mas ¿qué es esto para tantos? ¹⁰ Entonces Jesús dijo: Haced recostar la gente. Y había mucha hierba en aquel lugar; y se recostaron como en número de cinco mil varones. ¹¹ Y tomó Jesús aquellos panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los discípulos,

los dos peces, y levantando los ojos al cielo, bendijo, y partió y dio los panes a los discípulos, y los discípulos a la multitud. ²⁰ Y comieron todos, y se saciaron; y recogieron lo que sobró de los pedazos, doce cestas llenas. ²¹ Y los que comieron fueron como cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños.	tenéis? Id y vedlo. Y al saberlo, dijeron: Cinco, y dos peces. ³⁹ Y les mandó que hiciesen recostar a todos por grupos sobre la hierba verde. ⁴⁰ Y se recostaron por grupos, de ciento en ciento, y de cincuenta en cincuenta. ⁴¹ Entonces tomó los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, bendijo, y partió los panes, y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante; y repartió los dos peces entre todos. ⁴² Y comieron todos, y se saciaron. ⁴³ Y recogieron de los pedazos doce cestas llenas, y de lo que sobró de los peces. ⁴⁴ Y los que comieron eran cinco mil hombres.	hombres. Entonces dijo a sus discípulos: Hacedlos sentar en grupos, de cincuenta en cincuenta. ¹⁵ Así lo hicieron, haciéndolos sentar a todos. ¹⁶ Y tomando los cinco panes y los dos pescados, levantando los ojos al cielo, los bendijo, y los partió, y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante de la gente. ¹⁷ Y comieron todos, y se saciaron; y recogieron lo que les sobró, doce cestas de pedazos.	y los discípulos entre los que estaban recostados; asimismo de los peces, cuanto querían. ¹² Y cuando se hubieron saciado, dijo a sus discípulos: Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada. ¹³ Recogieron, pues, y llenaron doce cestas de pedazos, que de los cinco panes de cebada sobraron a los que habían comido. ¹⁴ Aquellos hombres entonces, viendo la señal que Jesús había hecho, dijeron: Este verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo.
---	--	--	--

Cuando Jesús oyó que Herodes estaba agitado por las nuevas de Sus milagros, se retiró de allí en una barca, dirigiéndose a un lugar desierto junto al Mar de Galilea. Podemos estar seguros de que no fue impulsado por ningún temor; sabía que nada podía sucederle antes que hubiese llegado Su tiempo.

No sabemos cuál fue la principal razón de esta acción, pero una razón mejor era que Sus discípulos acababan de llegar de su misión de predicación (Mr. 6:30; Lc. 9:10) y que necesitaban de un tiempo de reposo y quietud. Sin embargo, las multitudes salieron de las ciudades y le siguieron a pie. Al desembarcar, la muchedumbre ya le esperaba. En lugar de mostrar irritación por esta intrusión, nuestro compasivo Señor emprendió la obra de inmediato y sanó a los que de ellos estaban enfermos.

Al caer la tarde sus discípulos pensaban en la gran cantidad de gente que había y que tendrían necesidad de comer; por lo que pidieron a Jesús que enviase la gente a las aldeas donde podrían comprar de comer. ¡Cuán poco comprendían el corazón de Cristo ni discernían Su poder!

Sin duda el Señor sorprendió a Sus discípulos al decirles: *“No tienen necesidad de irse; dadles vosotros de comer”* (Mt. 14:16). Ellos se sintieron abrumados y dijeron *“No tenemos aquí sino cinco panes y dos peces... mas ¿qué es esto para tantos?”* (14:17; Jn. 6:9). Se habían olvidado de que también tenían a Jesús. Con paciencia el Salvador les dijo: *“Traédmelos acá”* (Mt. 14:18). Ésta era la parte de ellos; el Señor se encargaría del resto.

El Señor mandó a Sus discípulos que hiciesen recostar a todos por grupos sobre la hierba, *“y tomando los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, bendijo, y partió y dio los panes a los discípulos, y los discípulos a la multitud”* (Mt. 14:19). Milagrosamente, hubo suficiente para todos. Cuando todos quedaron satisfechos, los discípulos recogieron doce cestas llenas de pedazos sobrantes.

Quedó más cuando terminaron que al comenzar. Cosa irónica, hubo un cesto sobrante para cada uno de los escépticos discípulos. Y se había dado alimento a una multitud de quizá 10,000 a 15,000 personas. Juan 6:11 dice que *“se recostaron como en número de cinco mil varones.”*

Este milagro constituye una lección espiritual para los discípulos de cada generación. La muchedumbre hambrienta está siempre presente. Hay siempre un pequeño grupo de discípulos con unos recursos aparentemente deplorables, más el compasivo Salvador está siempre ahí. Cuando los discípulos están dispuestos a darle toda su pequeñez, Él la multiplica para alimentar a miles.

Pero hay una notable diferencia; los cinco mil hombres que fueron alimentados en Galilea quedaron satisfechos por sólo un breve espacio de tiempo, pero los discípulos que se han alimentado del Cristo viviente, a través de los siglos, quedan satisfechos para siempre.

“Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás” (Juan 6:35).

De este milagro, que se menciona en los cuatro evangelios dándole así el Espíritu Santo especial atención, podemos aprender lo siguiente:

1. Este milagro es una prueba irrefutable del poder divino de nuestro Señor.

Saciar el hambre de más de cinco mil personas con una porción tan pequeña como cinco panes y dos peces sería manifiestamente imposible sin una multiplicación sobrenatural de la comida. Era algo que ningún mago, impostor o falso profeta jamás habría intentado. Tal persona podría fingir curar a un solo enfermo o resucitar a un solo muerto, y mediante malabarismos y engaños podría persuadir a los débiles de que lo ha logrado. Pero tal persona nunca intentaría una obra tan poderosa como la que aquí se relata. Sabría bien que no podría persuadir a diez mil hombres, mujeres y niños de que estaban saciados cuando tenían hambre. Quedaría expuesto como un estafador e impostor en el acto. Sin embargo, esta es la obra poderosa que nuestro Señor realmente realizó, y al realizarla dio una prueba concluyente de que Él era Dios. Él creó lo que antes no existía. Proveyó alimento visible, tangible y material para diez mil personas de una provisión que por sí sola no habría saciado a cincuenta. Sin duda, estaríamos ciegos si no vemos en esto la mano de Aquel que *“da alimento a todo ser viviente”* (Sal. 136:25) e *“hizo el mundo y todas las cosas que en él hay”* (Hch. 17:24).

Aquí hubo indiscutiblemente un poder creativo. Algo real, sólido, sustancial, debió haber sido creado de la nada; algo que antes no existía fue llamado a la existencia. No cabe la teoría de que la gente estuviera bajo la influencia de un delirio óptico o una imaginación exaltada. Cinco mil hambrientos nunca se habrían saciado si no hubieran recibido pan material. Doce canastas llenas de fragmentos nunca se habrían recogido si los cinco panes no se hubieran multiplicado milagrosamente. En resumen, es evidente que la mano de Aquel que creó el mundo de la nada estuvo presente en esta ocasión. Nadie más que Aquel que al principio creó todas las cosas y envió el maná al desierto, pudo haber "preparado una mesa en el desierto". Crear es la prerrogativa peculiar de Dios. Debemos atesorar en nuestras mentes toda evidencia del poder divino de nuestro Señor. El verdadero cristiano debe atesorar hechos como estos en la mente y recordarlos en momentos de necesidad. Vivimos en medio de un mundo malvado, y vemos a pocos con nosotros y a muchos en nuestra contra. Llevamos dentro un corazón débil, demasiado dispuesto a desviarnos del camino correcto en cualquier momento. Tenemos cerca, a cada instante, a un diablo atareado, acechando continuamente nuestra vacilación y buscando llevarnos a la tentación. ¿Adónde acudiremos en busca de consuelo? ¿Qué mantendrá viva la fe y nos salvará de hundirnos en la desesperación? Solo hay una respuesta. Debemos mirar a Jesús. Debemos pensar en Su omnipotencia y en Sus maravillas de antaño. Debemos recordar cómo Él puede crear alimento para Su pueblo de la nada y suplir las necesidades de quienes lo siguen, incluso en el desierto. Y al pensar en esto, debemos recordar que este Jesús aún vive, nunca cambia y está de nuestro lado.

El hombre frío, ortodoxo e inconverso puede ver poco en esta historia, más el verdadero creyente, en su lucha continua con el mundo, el diablo y su propio corazón, debe recordar y agradecer que su Salvador, el Señor Jesucristo, es todopoderoso.

2. Este milagro es un ejemplo impactante de la compasión de nuestro Señor hacia los hombres.

Vio una gran multitud en un lugar desierto, a punto de desfallecer de hambre. Sabía que muchos en esa compañía carecían de verdadera fe y amor hacia Él. Lo seguían por moda y curiosidad, o por algún motivo igualmente bajo (Juan 6:26). Pero nuestro Señor se apiadó de todos. Todos se sintieron aliviados. Todos participaron del alimento milagrosamente provisto. Todos quedaron saciados y nadie se fue con hambre. Vemos en esto el corazón de nuestro Señor Jesucristo hacia los pecadores. Él es como lo fue en la antigüedad: *“fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad”* (Éx. 34:6). No trata a los hombres según sus pecados ni los recompensa según sus iniquidades. Incluso colma de beneficios a sus enemigos. Nadie será tan inexcusable como aquellos que al final se encuentren impenitentes. La benignidad del Señor los guía al arrepentimiento (Ro. 2:4). En todos Sus tratos con los hombres en la tierra, se mostró como alguien que *“se deleita en misericordia”* (Miq. 7:18).

3. Este milagro es un vivo símbolo de la suficiencia del Evangelio para satisfacer las necesidades del alma de toda la humanidad.

La multitud hambrienta en el desierto es un símbolo de toda la humanidad. Los hijos de los hombres son una gran asamblea de pecadores que perecen, hambrientos en medio de un mundo desolado: desamparados, desesperados y camino a la ruina. *“Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”* (Is. 53:6.)

El hombre está lejos de Dios; por naturaleza está contaminado y por sus propios pecados es culpable y merece la condenación (Ro. Ro. 3:23). Y es posible que no vea la magnitud del peligro en que se encuentra. Solo hay un paso entre él y la muerte eterna.

Los panes y peces, aparentemente tan inadecuados para satisfacer las necesidades de tan gran multitud, son un emblema de la provisión espiritual que hay, para los pecadores, en la obra del Cristo crucificado, como su sustituto vicario, haciendo expiación por Su muerte por el pecado del mundo. Esa doctrina le parece al hombre natural la debilidad misma. Cristo crucificado fue para los judíos piedra de tropiezo, y para los griegos, locura (1 Co. 1:23). Y, sin embargo, Cristo crucificado ha demostrado ser el pan de Dios que descendió del cielo y da vida al mundo (Jn. 6:33). La historia de la cruz ha satisfecho ampliamente las necesidades espirituales de la humanidad dondequiera que se ha predicado. Miles de personas de todos los rangos, edades y naciones son testigos de que Cristo es “poder de Dios, y sabiduría de Dios” (1 Co. 1:24). Han comido de Él y se han saciado. Han encontrado que Su *“carne es verdadera comida,”* y Su *“sangre es verdadera bebida”* (Jn. 6:55).

Tarea: Memorizar Juan 6:35 – “Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.”